

Juan Acevedo Peinado

**SOLO INCLUYE PRÓLOGO Y
PALABRAS PRELIMINARES**

PLANTAS SAGRADAS 2

El arte de las tejedoras de sueños

Otorongo Wasi

Acevedo Peinado, Juan

Plantas sagradas 2 : el arte de las tejedoras de sueños / Juan Acevedo Peinado. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Verónica Cintia Inoue ; Comunitario Otorongo Wasi, 2021.
392 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-88-1849-8

1. Chamanismo. 2. Espiritualidad. 3. Pueblos Originarios. I. Título.

CDD 201.44

Edición y maquetación: Verónica Inoue.

Diseño de cubierta: Federico Lasala.

Primera edición: octubre de 2021.

© 2019, Juan José Acevedo.

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723.

Asociación Civil Comunitario Otorongo Wasi (Recordar en Acto)

www.otorongowasi.com.ar

Libro impreso en Argentina.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, bajo cualquier método, sin la previa y expresa autorización por escrito del titular del *copyright*.

PRÓLOGO

El autor me encargó el prólogo de este su libro, en verdad el primero que leo de los varios que ha escrito. Lo he leído con la avidez que en mi juventud leía a Carlos Castañeda. Allí hay algo de ese tono que a tantos nos fascinó y que marcó a toda una generación, a pesar de las críticas que luego llegaron, y la duda de si se trataba más bien de una obra de ficción. Personalmente, creo que hay una base de verdad, luego novelada. Richard Evans Schultes, el padre de la etnobotánica moderna, me permitió, en los años ochenta, el acceso a la biblioteca y la correspondencia de Gordon Wasson con otros investigadores, que en esa época se guardaban en el Museo Botánico de la Universidad de Harvard. Allí encontré fotocopias de los apuntes en castellano que supuestamente había tomado Castañeda cuando hablaba con Don Juan.

El libro de este otro Don Juan es en parte crónica, en parte algún tipo de etnografía secreta, escrito en una prosa que a

veces tiene un frenesí galopante que no permite las pausas. Son unas doscientas páginas que se pueden leer en tres o cuatro sentadas. Para mi propia sorpresa, ya que a lo largo de los años he aprendido a desconfiar de los relatos que fácilmente surgen de experiencias con plantas maestras, este personaje me inspira confianza. Hay profundidad, madurez, conocimiento y sobre todo larga experiencia. A través de él voces más antiguas hablan con premura. Voces que fueron apagadas en la hecatombe que fue para el continente amerindio la invasión europea, y que hoy más que nunca necesitan ser oídas, no solamente para que entendamos, sino sobre todo para que actuemos, pues el mundo que conocíamos está por desaparecer, agobiado por la avalancha de basura y de ruido que nuestra “civilización” (vaya eufemismo) ha creado a nuestro alrededor. Es el alma de la naturaleza, la inteligencia de lo que existe, que exige ser oída antes de que naufraguemos en un universo de objetos y ya no escuchemos las voces de la infinitud de personas no humanas que constituyen este planeta, con sus plantas, animales, hongos, ríos, lagos, valles y montañas.

Juan nos presenta en este libro los universos idiosincráticos que ha descubierto a través de sus exploraciones. Digo idiosincráticos pues “lo otro”, siempre misterioso, siempre insondable, se manifiesta con ropajes de nuestra historia particular, de nuestros anhelos y de nuestros miedos. No se trata por tanto de verdades categóricas y objetivas, independientes del sujeto que las experimenta, sino que revelan la extraordinaria imaginación que anida en todo lo que existe, en nosotros y en la naturaleza toda.

Son revelaciones de las plantas sagradas. Plantas que, manejadas con extremo cuidado, preferentemente bajo la

tutela de alguien suficientemente preparado, pueden por un lado revelar cuán insondable e imprevisible es la mente humana, y por otro, permitirnos experimentar, por decirlo así en carne propia, que, bajo la apariencia de individualidad, todo lo que existe está íntimamente interrelacionado. Redes de redes, desde el micelio que bajo el suelo une árboles y plantas de los bosques de nuestro planeta (la Wood Wide Web), a la red inmensa que une estrellas y galaxias, la red cósmica (Cosmic Web), que algunos astrónomos ya designan como “el alma magnética del universo”.

Dr. Luis Eduardo Luna¹

¹ Luis Eduardo Luna nació en la Amazonía colombiana. En 1986 cofundó con Pablo Amarino la Escuela de Pintura Amazónica Usko-Ayar de Pucallpa, Perú. Ha dictado conferencias sobre chamanismo amazónico y estados de conciencia modificados en todo el mundo, y ha curado exposiciones de arte visionario en varios países. Autor, coautor y coeditor de varios libros.

Es Director de Wasiwaska (Centro de Investigación para el Estudio de las Plantas Psico-integradoras, Artes Visionarias, y la Conciencia).

PALABRAS PRELIMINARES

Las páginas que siguen son la continuación de lo escrito en mi anterior libro: *Plantas Sagradas: el linaje secreto del chamanismo sudamericano* (Grijalbo, 1ra. edición 2016, 2da. edición 2019), que fue el puntapié inicial de la tetralogía Plantas Sagradas.

Desde antes de comenzar a escribir el primero supe que se trataría de cuatro libros, de los cuales el presente es el segundo de ellos. Incluso también podría pensarse como una sola obra dividida, solo por practicidad, en cuatro partes.

Entre los muchos, bellísimos y alentadores comentarios que recibimos de la primera obra, hubo algunos que además nos contaban, a modo de crítica quizás, que se sentían algo desilusionados ya que de las supuestas Plantas Sagradas no era mucho lo escrito. Sin embargo, me permito disentir en esta cuestión.

El linaje secreto fue solo la manera, que sigo consideran-

do apropiada, para adentrarnos en estos temas de una forma adecuada y respetuosa, pacientemente.

Si en cambio se esperaba un libro más enfocado desde la etnobotánica o la farmacología, estoy seguro entonces que no se trató de dicha obra.

Nunca fue la idea. Ni lo será.

Ya se escribieron muchos libros al respecto con dicho enfoque, varios de ellos muy similares, incluso compitiendo unos con otros. Lo afirmo porque casi todos llegaron a algún estante de mi biblioteca, por lo que luego de leerlos puedo asegurar que no consideraba necesario ni correcto sumar uno más a dicha lista.

En cambio, Plantas Sagradas versa sobre otra cuestión.

Se trata de RECORDAR, desde adentro, desde antes de antes, “che puá” (desde las entrañas, en guaraní), Yuyana Hampuy (traer memoria, en quechua).

No existe para mí otra manera de hablar de estas cosas que no sea con el respeto que se merecen.

El Ayllu Pakaska me enseñó, entre tantas otras cosas, que solo se puede aprender de estos seres “chamuyando”, dándoles vueltas y vueltas, convenciéndolos para que nos hablen.

Y chamuyo es también una forma de muyu, círculo, espiral, rueda.

A los lectores del primer libro les conté que esta Rueda está dividida en direcciones, las cuales conformaron mi propia Rueda de las Direcciones o Rueda Medicinal. Cada capítulo fue una dirección de la Rueda. De hecho estas direcciones (capítulos) se pueden intercambiar indistinta-

mente, dando resultados novedosos e impensados a la lectura del material escrito.

De esa forma el lector hace su propio recorrido, su propia Rueda de las Direcciones, dejando de ser solo un lector pasivo, para convertirse en partícipe de la experiencia.

Por esa razón creo que, aunque se trata ésta de una continuación, bien pueden también leerse independientemente, o cambiando su orden.

Solamente aclaro que el número de los capítulos es correlativo. Son (o serán) veinte capítulos en total, o sea cinco en cada libro.

En esta presente obra usted empezará (o continuará) en el capítulo seis.

Los cinco capítulos anteriores son la presentación de un grupo variopinto de personas de existencia real (si bien algunas de ellas ya no están entre nosotros; la mayoría son mujeres ancianas o de edad avanzada), todas ellas recordadoras, y acorde a sus propias palabras: NADIES.

Según ellas, solo un NADIE puede llegar a ser TODOS.

Todas ellas provienen de diferentes lugares de nuestra geografía argentina, perteneciendo a diferentes grupos etnográficos y culturales.

Sin embargo, todas estas personas reconocen pertenecer a un grupo que se extiende a lo largo y ancho de América del Sur en espacio y tiempo, y que es conocido como el Ayllu Pakaska, o la comunidad escondida, cuya principal razón de ser es la de mantener viva la memoria de nuestras ancianas y ancianos de los pueblos originarios sudamericanos, conservando saberes que se extienden posiblemente hasta unos 14.000 años en el pasado.

Parte de este conocimiento, según ellas, se encuentra escondido en lo profundo de un grupo de vegetales denominados por este Ayllu Pakaska como las Mamaicunas, o las Madres del conocimiento.

Algunos de estos vegetales llegaron a ser conocidos por nuestra cultura occidental como Plantas Sagradas.

Como parte de mi aprendizaje con todas ellas (si bien la mayoría fueron mujeres, también hubo hombres), devine en Plantero, Ayahuasquero y Wachumero; única manera de alcanzar la pericia necesaria para acceder a las memorias escondidas en su interior.

También hay otro sitio físico donde se encuentran memorias, estos son los lugares sagrados conocidos como wakas.

En la obra anterior exploramos las primeras cinco direcciones de la Rueda. En esta oportunidad continuaré con las descripciones que me dieron hace ya muchos años sobre lo que conocen como la sexta dirección (la Rueda completa consta de unas doce direcciones conocidas, y otras que todavía se están explorando).

El ingreso al mundo de las Mamaicunas implica caer indefectiblemente en la sexta dirección, y allí ser testigo del mundo dentro del mundo o Hawa Pacha.

La rememoración se acerca un poco más al presente, por lo que es el momento oportuno para compartir la parte de la “historia oficial” de las Plantas Maestras en nuestro país, de la cual fui parte en primera fila (dado mi paso por la mayoría de sus instituciones pioneras, ya sea como colaborador o incluso como fundador en algunos casos). Por supuesto que no es un relato histórico, sino solo partes aisladas.

das de un todo, en el cual me tocó interactuar con personas y personajes diversos.

Algunos aparecen solo con su nombre de pila y, en otros casos, con nombres cambiados para respetar el derecho a la privacidad. En cambio, en casi todos los casos en que las personas son de público conocimiento, damos su nombre completo, por ejemplo los Ayahuasqueros y Wachumeros de Perú.

Hasta el día de la fecha aún no tuve la oportunidad de leer una obra que describa adecuadamente el proceso de convertirse en Plantero, lo que ello implica y los detalles inherentes al caso.

Por eso me esforcé en ser lo más subjetivo posible, ya que se trata de mi experiencia de aprendizaje.

Reitero hasta el cansancio que el tema de la ingesta de estas pocións conlleva una enorme responsabilidad tanto de parte de quienes las administran, pero sobre todo de quienes las ingieren, ya que hay casos en las que no son recomendadas, al igual que otras prácticas que parecen inocuas y han demostrado, infelizmente, no serlo.

El “tiempo de oro” de estas prácticas en occidente ya está llegando a su fin; lo que fue una gran posibilidad devino, lamentablemente, en un desmadre de confusiones y en un sin sentido al que nos tiene tan acostumbrada nuestra cultura occidental cada vez que se hace con alguna de estas cuestiones.

En la mayoría de los casos se perdió definitivamente el horizonte, como lo podemos ver en publicaciones, empresas dedicadas a lo “enteogénico”, encuentros de “sana-

ción enteogénica” donde todo da lo mismo, sin ton ni son, anuncios para captar incautos, neochamanes, o alguna que otra película, documental o serie que pretende abordar este tema de las Plantas Maestras, pero en los que su seriedad y respeto se escurren como agua entre los dedos.

En esta oportunidad aporto detalles no menores a la hora de entender de qué se trata el trabajo con estas plantas.

Este trabajo está completamente dedicado a cada una, a cada planta por separado, sin mezclar ninguna otra cosa. Este es un detalle que en el mundo que me tocó transitar es de vital importancia; no podemos “mezclar los espíritus” de las plantas, ya que el resultado de ello puede ser catastrófico, a corto, mediano o largo plazo.

En este libro, más que hablar de ellas, me centro en las experiencias que ellas generan y en los diferentes territorios que tuve que transitar con las mismas.

Sin duda, este tipo de aprendizaje tiene elementos ambiguos, compensadores, donde nada es del todo bueno ni malo, sencillamente “es”, acontece; depende de cada quien valorarlo o juzgarlo.

Descubrir que existía la supaykuna (grupo de seres y conciencias que se dedican a generar olvido) no fue nada sencillo. Poco a poco, empezó a vislumbrarse una tensión entre parcialidades, que obviamente jugaron sus cartas adecuadamente, llegado el momento preciso. Se trata de un juego complejo y difícil de entender para mí, que lleva al menos y por lo que alcancé a saber ya miles de años, pero de cuya resolución dependen muchas cosas.

Por otro lado, el Hombre Alto todavía continúa, hasta el día de la fecha, regentando mis avances y retrocesos por el Camino.

No pasa un día sin que agradezca su presencia, aunque sea a la distancia.

En las siguientes páginas podrán descubrir que me detuve bastante en tratar de explicar y compartir el concepto de Watay (tejido, añudado, urdimbre), que para todas estas personas del Ayllu Pakaska es de fundamental importancia. Como también lo es el poder alcanzar una pericia prácticamente desconocida, la de “el arrastre”. La consumación del arte de la plantería, una simbiosis que le permite al Plantero SER su compañero (de la planta) sin necesidad de ingerirla.

Según algunos de los miembros del Ayllu, esta pericia puede incluso ser alcanzada mediante la escritura, llevando a los lectores a un estado que les permite asistir a ciertas escenas con mucha precisión y detalle, como si las estuviesen viviendo.

Este nuevo arte es la evolución natural de este particular mundo de saberes tan antiguos, como tan futuros.

Algunas de las mujeres del Ayllu cuentan que este arte fue descubierto, practicado y perfeccionado durante mucho tiempo, a sabiendas de lo que venía: un nuevo ciclo de retiro de las Mamaicunas. Observando eso, algunas de ellas se adentraron muy profundo en la sexta dirección y fue “el arrastre” lo que trajeron.

Empezaron a practicarlo cada vez que varias de ellas se juntaban a contar ciertas historias.

En no pocas oportunidades, algunos de los que estábamos allí éramos trasladados con sus relatos a esos precisos momentos que describían, como si hubiésemos estado allí mismo.

Otra de las cosas que aprendimos fue una concepción del tiempo completamente diferente a la que conocemos en occidente.

El arte que estas personas practican lo encontramos también en lo que conocemos como Medicina Tradicional y en las diferentes versiones de lo que entendemos como curandería.

También descubrimos la importancia fundamental que tienen los denominados Apus y Ñustas, entidades tutelares muy antiguas que continúan influenciando y guiando su mundo.

Y el nuestro.

Son, sin lugar a dudas, la fuente de lo que conocemos como profecías.

Éstas nacen en un lugar recóndito, donde todas estas cosas cobran sentido. Ese lugar se alcanza persiguiendo el camino hacia la primera flor, lugar que habita en cada persona y cosa de este mundo.

Estas ancianas, y las más ancianas antes que ellas, son conocidas como “las tejedoras de sueños”, haciendo siempre referencia al Watay (tejido energético) y a cómo de esa manera le dieron forma al presente y al futuro de su Ayllu.

También me centro en el aprendizaje con el Yagé, más conocido en occidente como el/la Ayahuasca. Dejo así todo

lo relacionado a la Wachuma para el próximo libro, ya que la misma no puede separarse de los aprendizajes acontecidos en la waka de Vilcabamba, que por extraño e increíble que parezca se encontraba mucho más cerca de lo que imaginábamos.

Seré también explícito a la hora de abordar un tema tan complejo y delicado como es el de los icaros o cantos ceremoniales, los cuales nunca fueron a mi particular manera de entender, ni siquiera entendidos o explicados sino simplemente tratados como un artículo más sobre el que ha crecido un producto conocido como música medicina, que nada tiene que ver con ellos ni con su práctica.

Solamente me resta entonces dejar claro que esta obra es, no solo un acto de recuerdo, sino una deuda contraída con todas y cada una de las personas que fueron parte de mi cambio de perspectiva en la vida, mis Maestras y Maestros. Un cambio que me permite hoy una posición inimaginada: estar en ambos extremos de la chakana (puente); por una parte en mi mundo originario, el que me provee de fuerza y energía, de reciprocidad, de magia, y que hace brillar mi sonqo (corazón) con la luz del qenty (colibrí) con el más liviano de los munay (sentimiento profundo de deseo y voluntad), y por otro, en mi mundo occidental, que me desafía a encontrar cada vez mejores preguntas y propuestas desde lo intelectual, un trabajo constante y diario de investigación, recopilación y creación de ideas basadas en el mundo originario y pensadas para el presente y futuro del mundo occidental, posiblemente revolucionarias. Ésta es la manera que encontré de reconciliar ambos mundos de una forma bella y armoniosa.

Con ello, y con estas páginas que están en sus manos, cumplo entonces con el destino que me presentaron y me permitieron poder elegir, cosa que hice y sigo haciendo, que es el de chakarunañam (el camino del ser/hombre/mujer puente), seres capaces de realizar y dar por cumplidas las profecías, seres que encarnan recuerdos de otros seres, seres que se transforman en Hamautas Sariris (conocedores viajeros) no por lo que dicen sino por los actos que marcan su paso por el mundo.

Somos el Ayllu.

Somos el susurro en el viento, el temblor de la Tierra, el calor de las aguas, las gotas de rocío en los arroyos, invisibles pero inmanentes de eternidades.

Somos los que estuvieron... los que estamos... los que estarán; por debajo, donde todo nace, a la vista de todos, y ante la mirada de nadie.

Somos el grito silencioso que retumba en las quebradas.

Y renace.

Continúo haciendo caso a las palabras de un amigo muy querido, a quien extraño de una manera imposible de describir, y a quien le debo una enorme cantidad de cosas. Mucho de lo escrito en estas páginas están dedicadas a él:

“VIVE Y RECUERDA”.